Lo que caracteriza a la generación de hombres que se desarrollaron intelectualmente en los veinte y cinco últimos años del siglo XIX, es incontestablemente el espíritu científico y su parodia, el naturalismo literario. El progreso de las ciencias naturales mareó a los jóvenes que tenían veinte años, entre 1875 y 1890. A la zaga de los sabios cuya obra fué vulgarizada por la literatura naturalista, confesaron una nueva religión. Para la masa, el espíritu de crítica indispensable a la élite era letra muerta. La retorta, el horno, el microscopio y la máquina resolvían todos los problemas y respondían satisfactoriamente a todas las interrogaciones. Los más agudos asistían a la disolución de sus creencias con la sonrisa del escepticismo, pero la mayoría tenía la conciencia de poseer la verdad. Habían examinado la vida. El estudio de «los movimientos del alma», de las pasiones, de lo que había hecho vibrar a sus padres, se reducía para ellos a fenómenos biológicos: transportaban *in vivo* lo que observaban *in vitro*. Los embriagaban los conocimientos.

Esos hombres, nos rodean aún. Pue-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.